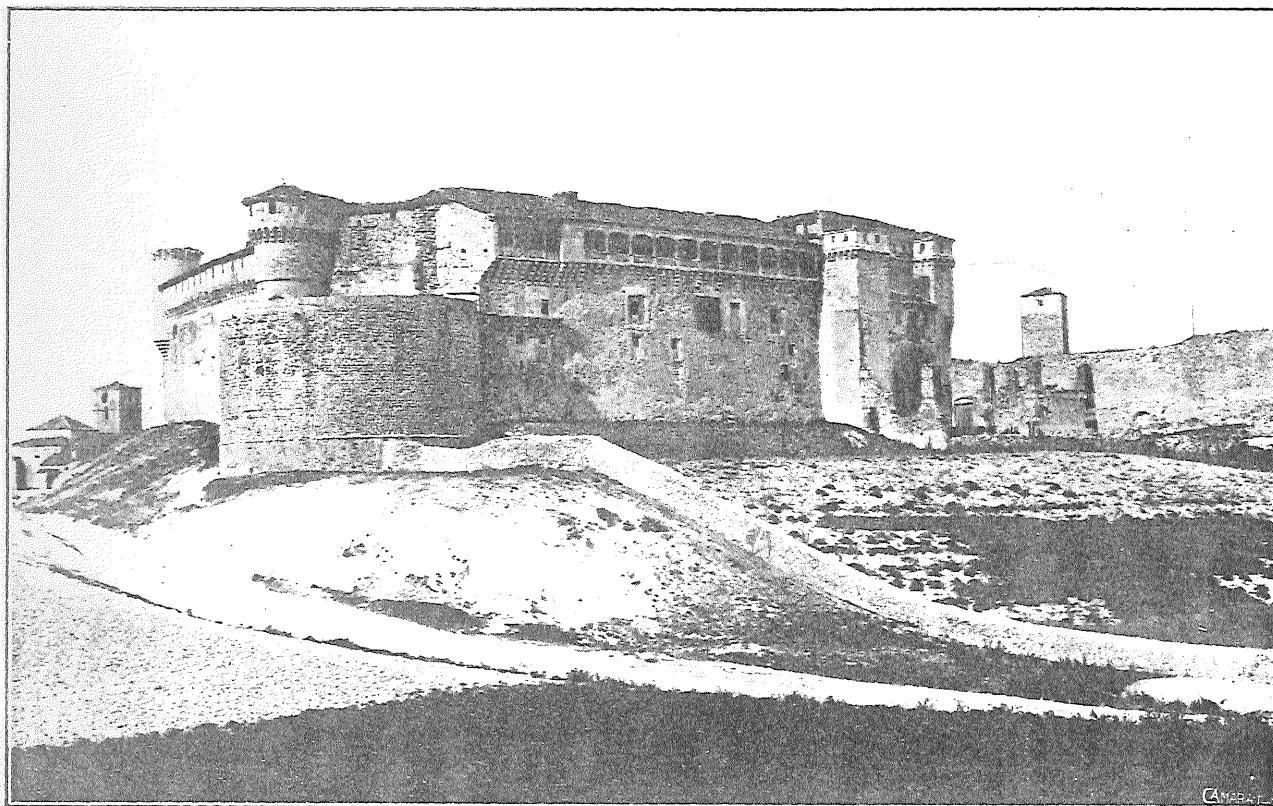


POR TIERRAS CASTELLANAS EL CASTILLO DE CUÉLLAR



Vista general del castillo

RECOSTADA en la pendiente de un cerro como tantas otras villas españolas, Cuéllar tiene su viejo caserío repartido en calles angostas y pendientes.

El castillo, con sus gruesas torres circulares en los ángulos, sus altos muros de piedra sillera y la cornisa volada de matacanes que los corona, conserva aún un pintoresco aspecto de fortaleza romántica.

Ninguno hay tal vez mayor en Castilla: con el de Peñafiel, reproducido ya en estas páginas, puede competir en grandiosidad.

Una cerca, de obra liviana de mampostería, á modo de barbana, le rodea por la parte de más fácil acceso. Su planta es un cuadrilátero con torres abovedadas en los ángulos. Entra-se á él por una puertecita gótica de arco conopial, situada al Norte, recuadrado éste por un alfiz bajo el cual se labraron tres escudos: el de Castilla y León, en el centro, y á los lados el de D. Beltrán de la Cueva, primer duque de Alburquerque, privado de Enrique IV y edificador del castillo, y el de D.^a María de Mendoza, su mujer, hija del marqués de Santillana. Todos los muros y torres del vasto recinto, labrados en estilo gótico del siglo xv, son testimonio de la magnificencia de D. Beltrán, quien debió construirlo, á juzgar por los escudos, entre los años de 1462 en que se casó y 1476 en que, viudo de D.^a María, unió-se en segundo matrimonio con

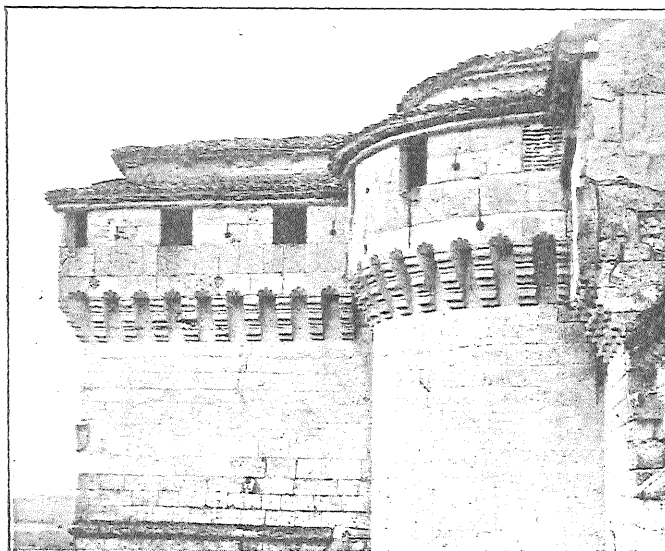
D.^a Mencía Enríquez, hija del duque de Alba. Tras los fuertes muros de la cerca gótica cobijase un palacio de arte del Renacimiento, un tanto severo, como de ya promediado el siglo xvi. Pasada la puerta descrita, éntrase en un gran patio, en el que crecen lozanos cardos y plantas silvestres. A la izquierda lo cierra una larga nave de muros lisos, ocupada en otro

tiempo en planta baja para la armería; de frente, un cuerpo de tres pisos, de arcos escarzanos, sobre gruesas columnas los dos inferiores, de ventanas y balcones adintelados, con entrepaños labrados de motivos renacentes el superior; por el ala de la izquierda debía seguir idéntica ordenación, hoy tan sólo iniciada á causa de haberse interrumpido la obra, viéndose por ello el muro

que cierra la escalera, con ventanas corridas, cuyos dinteles se apoyan en columnitas toscanas que parecen un motivo de arquitectura moderna. La escalera, los aposentos, con sencillas chimeneas, decorados algunos con pinturas murales de la época; las galerías, la curiosísima cocina, todo alcanza amplitudes extraordinarias y dignas de tan gran morada. Al Mediodía, volando en parte sobre los matacanes de la fortaleza gótica, hay una galería de arcos escarzanos sobre columnas, análogas á las del patio, desde la que se contempla la villa, en bajo, y el paisaje admirable de la tierra segoviana.

Terminóse de edificar este palacio, en el interior de la fortaleza gótica y en parte sobre sus muros, por el año 1559, á expensas del tercer duque de Alburquerque, valeroso y esforzado caballero, capitán, en su propia tierra, contra los Comuneros.

Al servicio del Emperador guerreó en Navarra y los Pirineos contra Francisco I, en Flandes y en Italia, retirándose los últimos años de su vida á Cuéllar, á ganar la salvación de su alma



Detalle del adarve

en el ejercicio de obras pias-
dosas.

ooo

Adolescente aún, se lleva Enrique IV de paje de lanza á D. Beltrán de la Cueva, á su paso por Ubeda. Desde entonces no se separa del Rey. En las Crónicas contemporáneas aparece dorado de las cualidades que, unidas á la juventud, granjean siempre los corazones cortesanos: «Magnífico en sus cosas, cortés é gracioso con todos, hacía liberalmente por los que á él se encomendaban. Era grande gastador, festejador é grande honrador de los buenos, gran caballador de la jineta, gran montero é cazador, costoso en los atavíos de su persona, franco é dadivoso» (1). Pronto se apodera este gentil manco de la voluntad regia, de tal manera, que ninguno antes de él alcanzó con el Monarca tan gran privanza ni obtuvo tan numerosas mercedes. En 1457 le nombra Enrique IV mayordomo de su casa; después le va dando el Señorío de las villas de Jimena, Colmenar de Arenas y de los lugares de Cabra, recién conquistada á los moros, Carcaloso y los aljares de Valdetietar; le hace de su Consejo; le otorga la villa de Ledesma, nombrándole conde de ella «por sus buenos é leales servicios»; dale la de Cuéllar; nómbrale para el maestrazgo de Santiago, vacante desde la muerte de D. Alvaro de Luna; le hace merced de las ciudades de Gibraltar y Cartagena y de las villas de Aranda, Roa, Molina, Atienza, Anguix y Alburquerque, nombrándole duque de ésta.

Afirman algunos cronistas que tuvo trato íntimo con la Reina, de la cual dice Hernando del Pulgar: «Era muy moza y hermosa, é mujer á

quien placían hablas de amores é de las otras cosas que la mocedad suele demandar é la honestidad debe negar.» La Historia afirmó esos tratos, dando á la hija de los Reyes el infamante nombre de *la Beltraneja*.

Sufrió el duque de Alburquerque de las alternativas de la afición del Rey, prisionero muchas veces de la voluntad de los Villena y otros nobles, grandes enemigos del privado. Con frecuencia alcanzó destierro y aun cárcel. Más afortunado ó más hábil que D. Alvaro de Luna, el anterior maestro de Santiago, supo librar la cabeza, falleciendo al servicio de los Reyes Católicos, «lleno de grande edad», el día de Todos los Santos, de 1492, después de haber confirmado el privilegio de entrega de Granada.

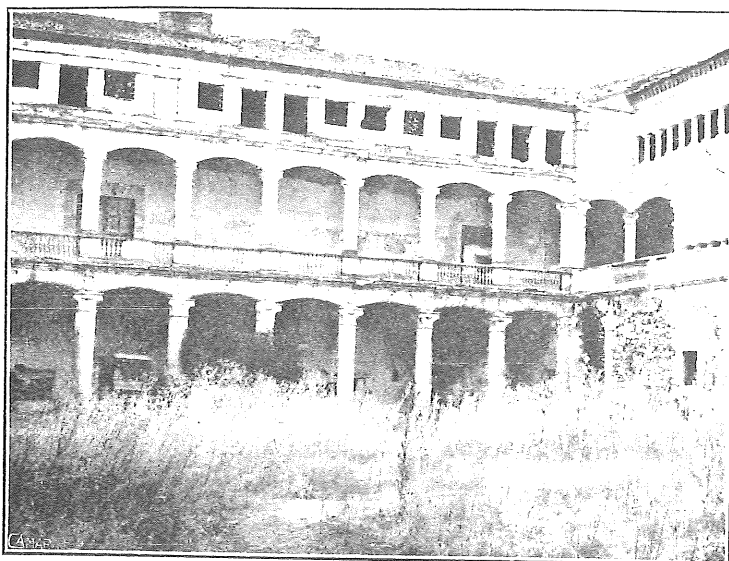
Favorito del Rey, mimado de la Reina, amado de la fortuna, tuvo este insigne hombre una existencia plena de lances y de aventuras.

Fué la vida de don Beltrán de la Cueva azarosa y agitada desde muy joven. Gozó del triunfo cortesano; tal vez del amor de la Reina; sin duda alguna del supremo dominio, por delegación del Monarca, sobre tan gran reino como Castilla. En su tiempo no hubo otro caballero más poderoso. Conoció también las horas amargas del destierro y de la prisión. En la última época de su vida, retirado casi siempre en la fortaleza de Cuéllar, apartada el alma de todo lo terreno y fugitivo, pudo meditar largamente sobre las grandezas y honores humanos que en tan larga medida se le habían concedido. Lejana la juventud, era llegado tal vez para él ese momento de la vida en el que, volviendo la vista hacia el pasado, se comprende la vanidad de los afanes juveniles, y los ojos cansados tórnense á

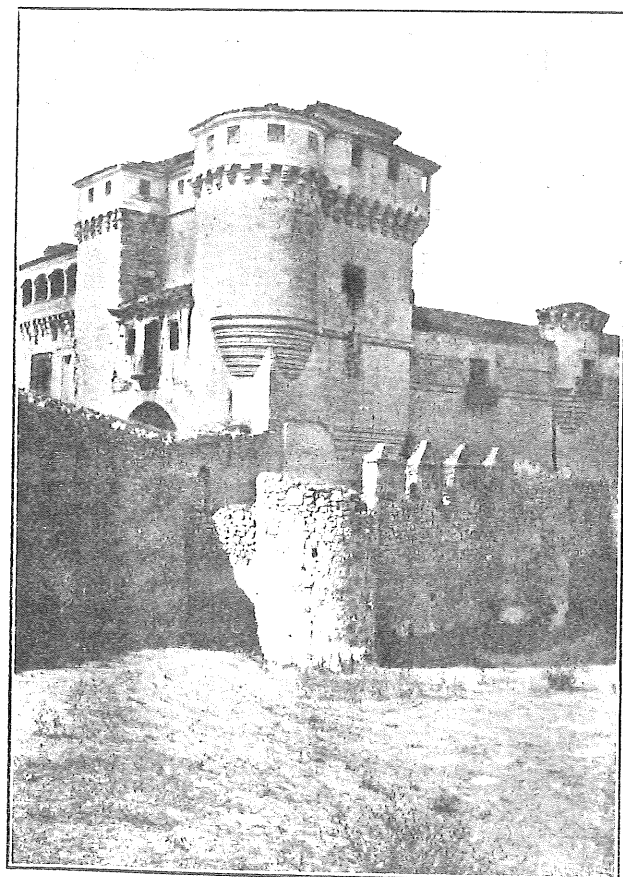
interrogar el propio espíritu. Ignoramos lo que pensaba de la vida en estos sus silenciosos años de apartamiento, contemplando el luminoso paisaje de la tierra de Pinares, quien con tal plenitud la vivió; tal vez su concepto de ella sea el que aparece sobriamente expresado en el mote de Enrique IV, labrado en piedra en caracteres góticos, debajo del escudo de la puerta del castillo: *Agro dulce* léese aún allí, resumen de la propia existencia, pródiga en alegrías y tristezas, en la que gustó de todo: de lo más dulce y de lo más amargo.

LEOPOLDO TORRES BALBAS

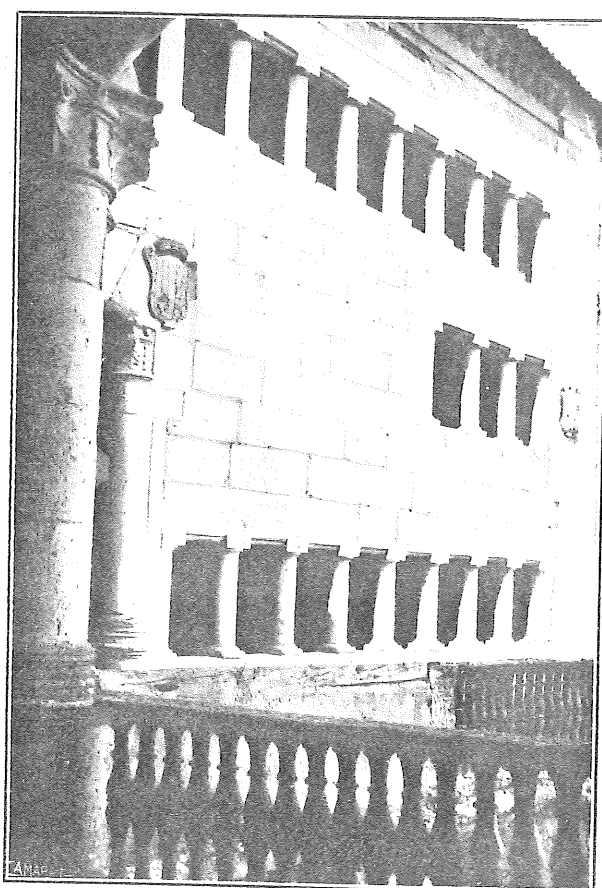
FOTS. A. BYNE Y DEL AUTOR



Patio del castillo



Torres del Mediodía



Exterior de la escalera del castillo

(1) Crónica, de Enriquez del Castillo.